

Ignacio García May

EL HOMBRE QUE QUISO SER REY

Basado en el relato de Rudyard Kipling

The man who would be king

Escucha, no digas nunca “ya no hay dioses”, sino mejor “¡aún no hay dioses!”. No existen, pero existirán, no en las fábulas, sino sobre la tierra. Todos nosotros seremos dioses; únicamente que hace falta para esto una gran audacia, como nadie la ha tenido jamás, ¡ni siquiera el héroe de Macedonia!

Demetrio Merejokowsky, *La muerte de los dioses*.

Mucho le debo a las Tierras que crecieron,
Más a las Vidas que alimentaron,
Pero sobre todo a Alá, Quien me dio dos
Caras separadas para mi cabeza.

Mucho me reflejo en lo Bueno y en lo Auténtico,
En las Creencias bajo el sol,
Pero sobre todo en Alá, Quien me dio dos
Caras separadas para mi cabeza, y no una.

El séquito de Wesley, el rebaño de Calvino,
Blanco, amarillo o bronce,
Chamán, jujú o angekok,
Ministro, mukamuk, bonzo,

A vuestra salud, hermanos,
Digáis como digáis vuestras oraciones,
¡Y bendito sea Alá, Quien me dio dos
Caras separadas para mi cabeza!

Antes viviría sin camisa ni calzado,
Amigos, tabaco o pan,
¡Que perder por un minuto las dos
Caras separadas de mi cabeza!

Rudyard Kipling, *El hombre de las dos caras*.

PRÓLOGO

1. *Hombres y reyes*

Casi todo el mundo conoce una película de John Huston llamada *The man who would be king*¹. Son menos los que han leído el magnífico relato de Kipling en el que está basada. Y menos aún quienes saben que el Premio Nobel británico basó los personajes de su historia en uno real: Josiah Harlan, norteamericano, cuáquero, masón, que, a mediados del siglo XIX, se adentró en Afganistán con el propósito de hacerse con su propio imperio y que, de hecho, alcanzó el título de Príncipe de Ghor, recóndito territorio situado en las cumbres del Hindu Kush.

Quizá como reacción frente al mundo moderno que durante aquel siglo XIX se anunciaba ya como implacable, la época estuvo llena de hombres-reyes como los descritos por Kipling. Occidentales que renunciaban a su propio mundo para adentrarse allí donde sus compatriotas no habían llegado nunca, en busca de sueños que, a primera vista, podrían parecer estrictamente económicos, pero que, en el fondo, tenían que ver con consideraciones mucho más profundas sobre la propia identidad. A diferencia de los exploradores o viajeros ilustrados de la generación precedente, los Cook, los Malaspina, los Lewis y Clark, los Humboldt, estos aventureros se complacieron en borrar el barniz de civilización occidental que les cubría, fundiéndose con las culturas nuevas y extrañas a las que se habían arrojado. Richard Francis Burton, militar, lingüista, prolífico escritor, traductor de *Las mil y una noches* y del *Kama Sutra*, explorador de las fuentes del Nilo, fue el primer europeo capaz de entrar en

¹ La sutil pero importante alteración en su título español, *El hombre que pudo reinar*, se debió a que el estreno de la película coincidió con el final del franquismo y el principio de la monarquía de Juan Carlos, con lo que los distribuidores tenían miedo a despertar suspicacias.

La Meca y volver luego para contarlo. El húngaro Arminius Vambery, un genio de las lenguas, como Burton, y espía al servicio de la Corona Británica, recorrió Asia Central y los Balcanes y, según dicen, fue quien puso a Bram Stoker sobre la pista del Drácula histórico al relatar al escritor irlandés sus viajes por Transilvania. En el extremo oriente, un médico escocés llamado William Jardine y un paisano suyo, James Matheson, se apoderaron del comercio del opio, convirtiéndose así en los primeros narcotraficantes a gran escala de la historia, aunque con el nombre, mucho más poético, de *Tai Pan*, expresión china que significa "aquel que tiene clase" o, sencillamente, "hombre poderoso". Charles Masson, desertor del ejército colonial inglés, apasionado por la arqueología, se dedicó, en su huida, a vagar por el Beluchistán y el Punjab, convirtiéndose, a la larga, en uno de los mayores especialistas en antigüedades orientales, dueño de una inmensa colección de monedas antiguas. Sir James Brooke, mercenario al servicio del sultán de Brunei, obtuvo el título de Rajá Blanco de Sarawak por su lucha contra los piratas malayos; irónicamente, Emilio Salgari le convertiría luego en el villano de sus novelas sobre Sandokan, donde eran los piratas quienes recibían el trato de héroes.

El siglo XX, con la institucionalización de la mediocridad y el populismo como normas de vida, pulverizó a este tipo de figuras. En el mundo de la masificación no había sitio ya para individualidades tan rabiosamente pronunciadas. Y, sin embargo, dos de los últimos coletazos de la estirpe de los hombres-reyes tuvieron lugar en torno a la época de la Gran Guerra. Del primero, Thomas Edward Lawrence, Lawrence de Arabia, el Rey sin Corona, el Aurens, se ha hablado mucho, con mayor o menor acierto. El otro es menos conocido, aunque quizá su caso sea extremo: Román Nicolás Maximiliano Feodorovitch Von Ungern-Sternberg, el Barón Loco o, también, el Barón Sangriento, quien, tras la Revolución Soviética, organizó un ejército compuesto por hombres de casi todas las naciones de oriente con el fin de emular, no la hazaña de Alejandro, como sucede

en la historia de Kipling, sino la de Gengis Jan², unificando el Asia bajo un solo mando. Traicionado por los suyos, fue entregado a los bolcheviques, que le fusilaron sumariamente; pero antes de ello llegó a conquistar Mongolia, temido y venerado, a partes iguales, por sus hombres.

El último hombre-rey que conocemos fue descrito por el cineasta y escritor Pierre Schoendoerffer en un libro llamado, precisa y nostálgicamente, *Adiós al rey*. El protagonista de esta ficción está basado, como en el relato de Kipling, en un hombre real, un soldado británico que, durante la II Guerra Mundial, llegó a convertirse en monarca de una tribu de Borneo utilizada por los aliados para combatir contra los japoneses. Una vez ganada la guerra, el soldado fue detenido por los suyos y juzgado como desertor.

2. Historia y mito

Sería un error limitarse a la imagen romántica de estas figuras. Ninguno de ellos fue un alma cándida, y de algunos podría afirmarse que fueron auténticos canallas. Pero tampoco podemos despacharlos como despreciables colonialistas, predecesores del capitalismo a gran escala tal y como se practica en nuestro tiempo, o incluso "fascistas", como a veces se les llama hoy desde la más profunda ignorancia. La implicación de estos personajes con las culturas en las que vivieron es compleja y en absoluto superficial. Si Burton, por ejemplo, logró entrar en La Meca fue porque se había convertido en un auténtico musulmán, y no sólo porque fingiera serlo, aunque quizá en aquel momento del viaje ni él mismo se había dado cuenta de ello. Harlan llegó a Afganistán sintiéndose superior, como buen norteamericano; sin embargo, según fue pasando el tiempo y aprendiendo la lengua y las costumbres, se fue fundiendo más con su entorno, hasta llegar a apreciar de corazón la forma de vida de aquellas gentes y preferirla a la suya propia. Ungern-Sternberg, nacido en Austria y criado en Estonia, vástago de

² En español lo correcto es escribirlo así. El Khan habitual es una transcripción inglesa del original.

una familia noble que se remonta hasta los caballeros teutones, adoptó el budismo mongol en su vertiente más primitiva y chamánica y vivía sin lujo alguno, en condiciones extremadamente precarias, como si fuera el último de sus soldados.

Esta gente se sitúa, pues, en un territorio propio, que no tiene nada que ver con el de aquella generación anterior que viajaba en nombre de la difusión de la ilustración y de la civilización, entendida al modo occidental; pero tampoco con las invasiones económico-militares que hoy contemplamos en el tele-diario, y cuyo único fin es el de someter a cualquier precio a los países que se niegan a entrar en el juego. Sus peripecias son fogosamente individuales, intransferibles, y por eso siguen llamando nuestra atención.

Sin embargo, el mundo en el que se mueven predice claramente el nuestro. Fue Kipling quien popularizó, en su novela *Kim*, la expresión "El Gran Juego", acuñada unos años antes por Arthur Conolly para aludir a la guerra que el imperio británico y el ruso libraban sobre el mapa de oriente. Unos años después, el imperio británico dejó su lugar al norteamericano, y el ruso hizo paso al oso soviético, cambiando también el nombre del conflicto por el de "Guerra Fría". Hoy la URSS ha desaparecido, pero no la guerra, que ahora adopta aspectos nuevos pero siempre en los mismos lugares: la presencia permanente de Afganistán o El Líbano en nuestras noticias cotidianas no tiene nada de casual para el observador prevenido.

3. *El rey en escena*

Todas estas cuestiones nos han llevado a pensar que la adaptación teatral de *El hombre que quiso ser rey* tenía y tiene un sentido hoy. Pero también hemos sido conscientes de que dicha adaptación debía ser abordada desde una perspectiva que no se limitara a ilustrar teatralmente el cuento, o a mostrarlo como simple historia de aventuras. Por otra parte, la complejidad estaba ya en el original de Kipling: se habla en él de historia, de religión, de política. Se habla de filosofía, de antropología.

Nuestra versión sigue con fidelidad el espíritu del texto, pero para conseguir esa fidelidad hemos decidido no aferrarnos a la

literalidad, y sumar, en cambio, elementos que no estaban allí pero contribuyen a situarlo en el contexto. No hemos querido usar ese tipo de actualizaciones tan común hoy en día en el teatro que consisten en vestir de marines a los legionarios romanos o de traje y corbata a los reyes medievales. Creemos que la contextualización extrema y precisa de la historia actúa de forma mucho más eficaz al mostrar lo poco que hemos cambiado en algunos aspectos. Además, el elemento, no ya exótico, puesto que el exotismo se queda en la superficie de las cosas, sino de extrañeza y fascinación al adentrarse en una cultura tan lejana a la nuestra, nos parece fundamental para comprender los impulsos de los personajes.

La acción sucede íntegramente en un bazar indio: un microcosmos donde se dan cita todos los objetos necesarios para contar la peripecia. En escena hay sólo dos actores: los dos protagonistas del cuento, pero también todos los demás personajes resumidos en ellos. El espectáculo remite a la esencialidad del *ru'hozi*, el teatro tradicional persa, aunque sin renunciar a la occidentalidad de la mirada. Porque esta es la historia de dos europeos que se adentran en un oriente recóndito con todos sus prejuicios y sus ilusiones, y no hemos querido perder de vista este dato: sus comentarios son a veces, desde la perspectiva de la corrección política contemporánea, racistas, sexistas y notablemente agresivos. Si hubiéramos difuminado o eludido estas cosas habríamos traicionado el corazón de la historia. No queremos disimular, embellecer ni tampoco afear: nuestro deseo es el de mostrar cómo fue aquel mundo, cómo fueron aquellos personajes, y hasta que punto somos herederos, o no, de su experiencia. Mucho nos tememos que la *civilización* de hoy se ha quedado, tan sólo, con los impulsos más agresivos y despreciables de aquella gente, pero ignorando lo que de bueno pudo haber en sus gestas: el coraje, la audacia, la fascinación. En resumen: una cierta aspiración a la grandeza que acaso suene hoy melancólicamente anacrónica.

Música de setar.

En escena, una tienda de alfombras de Lahore¹. La penumbra nos permite ver que hay un hombre en un rincón; pero como la única luz proviene de un miserable candil sólo vemos de él las manos. Unas manos agarrotadas y envueltas en torpes vendas, como atacadas por una artrosis salvaje.

Acaba la música. Las manos, hasta entonces inmóviles, tiemblan levemente. La silueta del hombre se mueve en el sitio. El dueño de las manos lleva el improbable nombre de PEACHEY Taliaferro Carnehan, aunque aún no lo sabemos.

PEACHEY. ¿Hay alguien ahí? ¡Ah! ¡Ah! (*Se incorpora con dificultad, pero permanece en la sombra.*) Pasa, *sahib*²; entra *mensahib*³. Disculpad que no os haya visto antes. ¿Queréis comprar algo? Tengo muchas cosas aquí, *sahib*. Tengo (*Duda un instante.*) las alfombras más bellas de oriente. (*Muestra una.*) Observa el dibujo, *mensahib*. Observa los nudos. Las *nautches*⁴ del Sind las utilizan para bailar sobre ellas y hechizar a los hombres... (*Duda.*) Aunque claro, la señora no es una *nautche*. ¡Qué descortesía por mi parte! (*Enseña otra.*) Ésta es una pieza de colección: es la alfombra que Dost Muhammad llevaba consigo cuando fue capturado por los británicos. ¿No os gusta? Ah, entiendo. *Sahib, mensahib*, no son vulgares turistas y se han dado cuenta de que no es auténtica. *Sahib, mensahib*, son expertos. Os pido mil disculpas; tendría que haberme dado cuenta de que a vosotros no se os puede vender mercancía barata... Perdón, perdón. Hay cosas mucho más interesantes por aquí... (*Busca; en voz más baja, como revelando un secreto.*) Tengo la alfombra sobre la que se sentaba el capitán Burton mientras traducía el *Kama Sutra*. Bueno, no sólo se sentaba: reproducía sobre ella cada capítulo del libro, con una mujer diferente cada vez... (*Ríe.*) ¡Auténtica!

¹ En tiempo de Kipling la ciudad pertenecía a la India, aunque, tras la partición de 1947, está ahora en territorio de Pakistán.

² Señor.

³ Señora.

⁴ El *nautch* era un baile erótico desempeñado por cortesanas.

¡Nada de engaños! ¡Tócala, *sahib*! ¿Lo notas? ¡Hilo de seda! No encontrarás nada más exquisito. ¿No? ¿Tampoco? ¡Ah! Entonces... quizá *sahib*, *mensahib* buscan otra cosa. ¡Algo sagrado! ¿Sí? Los *frengis*⁵ vienen a la India en busca de los dioses. ¡Ah, *sahib*, entonces esto te va a gustar! El dibujo de este tapiz fue trenzado con los cabellos de Guru Gobind Singh. Mira. ¿No quieres verlo? (*Pausa.*) ¿No os gusta nada de lo que veis? ¿No os interesan las alfombras? (*Pausa.*) ¡Ah! ¡Ah! Tengo más cosas, dentro. Tengo joyas; tengo sedas. ¿Os interesa un *narguile*? También tengo. ¡Ya lo sé! *Sahib*, *mensahib*, ¿queréis una historia? Puedo proporcionaros una historia. Una bella historia es mucho mejor que una alfombra, o que una joya, o que un vestido. Aquí se cuentan muchas historias, pero hay una que sólo yo conozco. No es que la escribiera yo, pero es mía: pagué un precio por ella. Pagué un precio muy alto. (*Prolongado silencio.*) ¡Ah! ¡Ah! ¿De manera que os interesa? Bien... bien. Es la historia del hombre que quiso ser rey. (*Aparta una cortina blanca que esconde el interior de la tienda. Detrás aparece DANIEL DRAVOT, sentado sobre un arcón, inmóvil como una estatua, con un cráneo humano en sus manos.*) ¡Pobre, pobre Danny! ¡Ah, pobre amigo mío! Danny estaba vivo, antes, y era un hombre alegre. Pero cayó. Estaba arriba, muy arriba, y entonces ellos cortaron las cuerdas. Y cayó, y cayó, y cayó, dando vueltas y vueltas, y más vueltas, como una peonza, debieron ser treinta mil kilómetros de caída, porque tardó media hora en llegar abajo. Y cuando Peachey pudo reunirse son él sólo quedaba la cabeza... Pero Peachey tampoco vive ya, porque a él lo crucificaron y entonces dejó de ser Peachey...

DANNY *abre lentamente sus ojos.*

DANNY. Hermano Carnehan, estás hablando solo, y eso no es buena señal, sobre todo cuando uno está sobrio.

PEACHEY. ¡Ah! Estoy sobrio, Hermano Dravot, amigo Danny, claro que lo estoy. No he bebido una copa desde que firmamos nuestro contrato. Mentiría si te dijera que no lo he echado de

⁵ Extranjeros.

menos en alguna ocasión. ¡Pero puedo decir que estoy seco como una duna!

DANNY. Entonces, sin ninguna duda, eres víctima de una *inlunación*.

PEACHEY. ¿*Inlunación*? ¿Qué clase de palabra es esa? ¿*Inlunación*?

DANNY. Bueno, es lo contrario de una insolación. Cuando te expones demasiado al sol tu cabeza sufre una insolación. Y cuando pasas demasiado tiempo bajo la luna te da la inlunación.

PEACHEY. Es la primera vez en mi vida que oigo esa mamarrachada.

DANNY. ¡Oh, no! De mamarrachada, nada. He conocido a gente que dormía toda la noche del mismo lado, bajo la luna, y al despertar tenía media cara blanca.

PEACHEY. ¿En serio?

DANNY. Querido Peachey: ¿alguna vez te he mentido yo? Por otra parte, estas cosas sólo pasan aquí. No en París. Ni en Nueva York. ¡Ni mucho menos en Londres!

PEACHEY. Debo decir, Danny, que eres hombre de muchas virtudes, y no seré yo quien lo ponga en duda; pero tampoco me comprometería a afirmar, con la mano sobre la Biblia, que fueras un caballero enteramente dedicado a la defensa de la verdad.

DANNY. ¡Por la punta de la Gran Pirámide! ¡Qué forma más retórica de llamarme embustero! Es una injusticia. ¿Acaso no te dije yo que seríamos reyes, Peachey? ¿Y no fuimos reyes?

PEACHEY. (*Al público.*) El caso es que Danny, *sahib*, *mensahib*, tenía razón, porque una vez Peachey y Danny fueron reyes. De una forma un tanto extraña, sí, pero lo fueron. Y vosotros pensaréis: ¿Reyes? ¿Semejantes deshechos? ¿Dos miserables aventureros? ¡Ah! ¡Ah! Deshechos, sí. Pero, como Danny solía decir: “No somos hombres pequeños, y a nada tenemos miedo”.

PEACHEY *coge el cráneo de manos de DANNY y lo deposita en el suelo, en un lugar a la vista del público. Cambia la luz. Música. PEACHEY se quita sus harapos y se pone un sombrero. DANNY, en posición de firmes. Detrás de PEACHEY se extiende un mapa de la India.*

PEACHEY. ¡Bochornoso! ¡Indignante! Es la primera vez, en los años que llevo aquí como gobernador, que me veo obligado a enfrentarme con una vergüenza similar. ¡Un soldado de Su Graciosa Majestad haciéndose pasar por corresponsal del *Pioneer*⁶!

DANNY. ¡Señor! Con el debido respeto, la acusación no me parece tan grave: al fin y al cabo cualquiera puede ser periodista.

PEACHEY. ¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber para qué ha hecho usted eso?

DANNY. Pues verá: quería utilizar ciertas informaciones para obtener del rajá de Degumber algo a cambio.

PEACHEY. ¡¡Me está diciendo que *pretendía* hacerle *chantaje*?!

DANNY. El rajá de Degumber es un bribón redomado, señor. Para llegar al poder colgó a su propio padre de una viga, y eso no es de buenos cristianos. Yo disponía de pruebas al respecto. Por lo demás, señor, nunca me hubieran cogido si no fuera porque ya había otro tipo haciéndose pasar por corresponsal del *Pionner*, lo cual demuestra que mi idea no era del todo indigna ni falta de mérito.

PEACHEY. ¿Y puedo preguntarle qué pensaba obtener del Rajá? ¿Dinero?

DANNY. ¡Oh, no, señor! Un salvoconducto para cruzar el Paso de Jaiber.

PEACHEY. ¡¡¡¿Qué?!!!

⁶ El diario en el que escribió Kipling durante su estancia en la India.

DANNY. Tiene usted que entenderlo, gobernador. Encuentro que la India se me ha quedado un tanto estrecha, y he pensado que podría hacer carrera en el Kafiristán, que, si no me equivoco (*Señalando el mapa.*), es ese territorio que está en el rincón de Afganistán, a mano derecha. Allí tienen treinta y dos ídolos paganos. Yo seré el treinta y tres.

PEACHEY. ¡¡¡Iba usted a desertar!!!

DANNY. Esa es una forma fea de decirlo, señor. Por el contrario, mi intención era progresar en la vida, tal y como nos enseñan los Grandes Hombres de nuestro tiempo y como predica la Compañía de las Indias Orientales. Debo, además, aclarar, por si tenía usted alguna duda, que mi intención era la de ofrecer mi conquista a la reina Victoria, como haría cualquier caballero honrado. (*Soñador, casi feliz.*) Y cuando eso sucediera me arrodillaría ante ella, y ella diría: “¡Levantaos, sir Daniel Dravot!”

PEACHEY. ¡Y se atreve usted a mencionar a Su Majestad! ¡Es usted un sinvergüenza! ¡Da asco tratar con gentuza de su calibre!

DANNY. Le recuerdo, señor, que ustedes han levantado este imperio gracias a gentuza como yo.

Cambia la luz. DANNY se retira y PEACHEY se quita las gafas de gobernador.

PEACHEY. ¡Ah! En circunstancias normales esta historia se hubiera acabado aquí, porque Danny habría sido fusilado de inmediato. Pero el gobernador carecía de personal y el Hermano Dravot tenía una habilidad diabólica para los idiomas: hablaba urdu, hindí, sánscrito, y también el pasto afgano, el árabe y el farsi y no sé cuántas jergas más. Y esa habilidad le salvó porque al Gobernador se le amontonaba el trabajo sobre la mesa y no podía prescindir de él. Por otra parte, el rajá de Degumber fue ahorcado de una viga por su propio primo, siguiendo así una tradición familiar, así que a todo el mundo le convenía echar tierra sobre el asunto. Danny fue arrestado sin sueldo, negándosele, hasta nueva orden, todo permiso para abandonar la ciudad. Languidecía en los burdeles de Lahore hasta el día en que llegó el Hermano Carnehan.

DANNY *se ha sentado en el suelo, junto a los músicos, fumando del narguile. Música golfa y tabernaria. Entra PEACHEY.*

PEACHEY. Vengo a que me invite usted a un trago, señor.

DANNY. ¿Por alguna razón en particular, señor?

PEACHEY. Es lo menos que puede usted hacer después de haberme arruinado el negocio. Intentaba llegar al rajá de De-gumber, haciéndome pasar por corresponsal del *Pioneer*, para hacerle una oferta por mi silencio respecto a ciertas habladurías. Pero con el escándalo que armó usted al ser detenido se me vino abajo todo el proyecto y no pude ni acercarme a él. Había puesto mucho esfuerzo en ese plan.

DANNY. ¡Así que es usted *el otro!* Pero no exageremos con lo del esfuerzo. Cualquiera puede ser periodista...

PEACHEY. Incluso así, merezco ser indemnizado con una copa.

DANNY. Por otro lado, si me atraparon *a mí* fue porque le perseguían *a usted*, lo cual significa que la indemnización debería correr a cuenta *suya* y en *mi* beneficio.

PEACHEY. Pero convendrá conmigo en que está usted en libertad, con lo cual su castigo no ha sido particularmente duro.

DANNY. Optemos por una solución salomónica: yo le invitó a usted y usted a mí.

PEACHEY. Trato hecho. (*Extiende su mano.*) Sargento Peachey Carnehan, del Decimoctavo Regimiento de Infantería Nativa de Bombay, parcialmente retirado.

DANNY. (*Se la estrecha.*) Sargento Daniel Dravot, temporalmente asignado a la oficina del Gobernador aunque espero que no por mucho tiempo.

PEACHEY. (*Sinceramente sorprendido.*) ¡Vaya! Veo que compartimos el grado y el oficio militar. ¡Y además estrecha usted la mano como sólo lo hacen los Hijos de la Viuda⁷!

⁷ Los masones.

DANNY. ¡De manera que también es usted de los que construyen Templos a la Virtud y Oscuras Prisiones al Vicio! Esto lo cambia realmente todo, Hermano Carnehan: pensaba arreglarte el pescuezo... (*Ríen, ambos.*)

PEACHEY. La verdad es que resulta un placer encontrarse con un hombre blanco y honesto en estas tierras llenas de negros y de salvajes.

DANNY. ¡Bebamos!

PEACHEY. (*Al público.*) Y entonces Peachey y Danny se hicieron amigos y bebieron y charlaron y bebieron otra vez y pasaron las horas y siguieron bebiendo. Y cuando ya estaban lo suficientemente borrachos como para abrirle la puerta a todas las locuras, Danny le contó a Peachey su plan.

PEACHEY se ha quitado la camisa y se ha metido en el arcón como si fuera una cubeta de baño. A su lado, DANNY, también sin camisa, recibe un masaje que le proporciona uno de los músicos.

PEACHEY. Eres un tipo simpático, Hermano Danny, pero aún así debo decirte que me has estropeado la jubilación. Sin ánimo de molestar a Victoria, Dios la conserve muchos años en su trono, encuentro que este oficio de soldado ha dejado de reportarme los beneficios que me incitarían a perseverar en él, suponiendo que alguna vez lo hayan hecho. Verás, con lo que iba a sacarle a ese pájaro de Dagumber hubiera comprado un pasaje para Londres.

DANNY. ¿Un pasaje para Londres? ¿Nada más?

PEACHEY. Bueno, eso y unas cuantas libras para poner un negocio, allá, en casa. Una taberna, tal vez.

DANNY. ¡Por el rabo de Calibán, Hermano Carnehan! Hay aquí posibilidades mucho más interesantes que la que me describes.

PEACHEY. ¡No para mí! He recorrido estas tierras de arriba abajo. Lo que la Compañía de las Indias Orientales no ha exprimido es porque no merece la pena. Y donde están ellos no hay espacio para meter otra cuchara.

DANNY. ¿Qué me dices del Kafiristán?

PEACHEY. ¿Kafiristán? Hermano Dravot, allí no hay más que cabras. Los kafiris son tan feos que sus propias madres se mueren de miedo después de darles a luz.

DANNY. Y, sin embargo, Alejandro Magno dedicó mucho tiempo y energía a conquistar aquellas tierras, y él no perdía el tiempo en minucias.

PEACHEY. ¿Alejandro Magno? ¡Un griego! No hay que fiarse nunca de los griegos.

DANNY. De éste sí, porque en realidad no era griego, sino macedonio. Hermano Carnehan, llega un momento en la vida en que un hombre debe elegir entre seguir siendo un esclavo para siempre o tomar las riendas del propio destino y convertirse en rey. ¡Y yo he elegido ya! En el Kafiristán hay sitio de sobra para poner en pie el propio reino. Ciertamente es que conquistarlo es ardua tarea para un hombre solo. Se puede hacer, pero lleva mucho tiempo... ¡Sin embargo dos hombres juntos pueden lograr cualquier cosa que se propongan!

PEACHEY. Pero, ¿cómo? Las montañas están infestadas de energúmenos, unos en guerra con otros.

DANNY. Iremos a esos lugares y les diremos a todos los reyes que encontremos en el camino: ¿quiere usted derrotar a sus enemigos? Y nos dirán que sí y le enseñaremos a cada tribu la disciplina militar. Pero desde entonces nos obedecerán a nosotros, así que después derrocaremos a ese rey y continuaremos hasta el siguiente. Así hasta que acabemos con todos.

PEACHEY. (*Se lo piensa un minuto.*) Con sinceridad, Danny, la perspectiva de las cabras no me ilusiona. Una taberna en Londres se parece más a mi idea de la felicidad.

DANNY. Amigo Peachey, ¿crees de veras que es mi propósito convertirme en el Rey Cabrero? Si me he propuesto este proyecto es porque tengo muy buenas perspectivas de futuro. He leído ciertos documentos antiguos que, por estar escritos en esa in-

fame lengua local, han pasado desapercibidos para los hombres blancos. En ellos se explica que Alejandro construyó en las montañas una ciudad a la que dio el nombre de Alejandría Eschate, es decir: "la que está en el fin del mundo"; dejó allí un tesoro inmenso, prometiendo que volvería a buscarlo. Pero no volvió, con lo cual el tesoro debe seguir allí.

PEACHEY. ¿Eso lo pone en un documento? ¡Bah! No me fiaría mucho.

DANNY. Bien; está el documento, pero también está esto.

Le enseña a PEACHEY un diamante, gordo como una nuez, que brilla en la penumbra como una estrella.

PEACHEY. ¡Por las barbas de Mahoma! ¿De dónde has sacado eso?

DANNY. Se lo confisqué a un afgano sinvergüenza que a su vez decía haberlo robado en Kafiristán poco antes de que exterminaran a su caravana.

PEACHEY. Pero... sólo con eso podríamos vivir muchos meses como rajás sin necesidad de jugarnos el pellejo.

DANNY. Sí. Pero si tuviéramos más seríamos rajás para siempre. Guardo éste para pagar la expedición. (*Pausa.*) ¿Qué me dices, Hermano Carnehan?

PEACHEY. Queda un problema por solventar: los salvoconductos para el Paso de Jaiber. El sátrapa de Degumber ha muerto, y su primo es todavía peor, aparte de que ahora, encima, está avisado...

DANNY. ¡He estado meditando también sobre eso! Ahí cometimos ambos un error, querido amigo. En realidad los permisos sólo son para los hombres blancos, pero no para los nativos, según la reglamentación.

PEACHEY. Discúlpame, Danny, pero eso es lo que somos, blancos y no caníbales, Dios sea loado por ello.

DANNY. Y, sin embargo, si fuéramos nativos pasaríamos tranquilamente. ¿Es que no lo ves? ¡Por las enaguas de Afrodita!

¡Nos pintaremos el cuerpo, nos vestiremos como salvajes y cruzaremos limpiamente!

PEACHEY. ¡Por las babuchas del Maharajah de Kapurtala! ¡Y seremos reyes!

DANNY. ¡Reyes!

PEACHEY. ¡Firmemos un contrato!

DANNY. ¡Perfecto! Así, ninguno de los dos podrá echarse atrás.

PEACHEY. Aunque un contrato es bien poca cosa. Puede perderse por el camino, romperse, quemarse...

DANNY. Cierto. Para evitar eso, lo tatuaremos sobre la piel. ¡Lo escribiremos sobre mi corazón!

DANNY *se arrodilla ofreciendo su pecho a PEACHEY. Éste recibe de manos de uno de los músicos un bote con tinta y una caña para escribir.*

DANNY. ¡Escribe! (*Peachey escribe al dictado sobre la piel de su amigo.*) Este contrato lo hacemos tú y yo, etc, etc, poniendo a Dios como testigo, amén, etcétera. Uno: yo y tú seremos reyes de Kafiristán juntos. Dos: ni tú ni yo nos entregaremos ni al alcohol ni a las mujeres...

PEACHEY. ¿Nada de alcohol?

DANNY. ¡Ni una gota!

PEACHEY. ¿Nada de mujeres?

DANNY. ¡Nada!

PEACHEY. ¿Ni siquiera *bubús*⁸?

DANNY. ¡Ni blancas ni negras ni de ningún otro color, para que no vayamos a tener líos en el asunto del Kafiristán! Como dijo el poeta⁹: Ya sea para bajar al infierno o para ascender al trono,

⁸ Los ingleses llamaban así a las "esposas temporales" indígenas con las que los oficiales, a falta de mujeres occidentales, establecían relaciones sexuales.

⁹ El propio Kipling en *The story of the Gadsbys*.

el que viaja sólo viaja más rápido... (PEACHEY *escribe.*) Tres: nos conduciremos con dignidad y discreción, y si uno de los dos tiene dificultades, el otro lo ayudará. (PEACHEY *sigue escribiendo aunque DANNY ha acabado de dictar.*) ¿Qué estás añadiendo?

PEACHEY. ¡Un dibujo! La escuadra, el compás y el Ojo que Todo lo Ve. El contrato queda mejor, como si llevara un sello.

DANNY. ¡Formidable! No hay mejor testigo, ni mejor guardián para nuestro viaje que El Gran Arquitecto del Universo¹⁰. Peachey, nuestra empresa es gloriosa, porque no somos hombres pequeños y a nada le tenemos miedo.

Música. DANNY y PEACHEY gritan de alegría. DANNY empieza a vestirse con ropas de santón. PEACHEY a su vez se viste mientras habla con el público.

PEACHEY. Y ahora, *sahib, mensahib*, cerrad los ojos y escuchad el sonido del Gran Bazar: (*Música, sonidos.*) allí donde pueden comprarse turquesas, gatos persas, ovejas de rabo grueso, almizcle y mil cosas más, compraron camellos, y provisiones, y también armas. Como Peachey no conocía el idioma de aquellas tierras lo hicieron pasar por un criado sordomudo, mientras Danny, disfrazado de derviche, se fingía loco delante de todos. Porque Alá protege a los locos y les deja seguir su camino sin obstáculos.

Música: DANNY, ya disfrazado, mima una especie de danza grotesca en su papel de derviche.

DANNY. ¡Malditos seáis todos! ¡De Rumania he venido! ¡De Rumania, atravesando el mar en alas del soplo de un centenar de diablos! ¡Bandidos, ladrones, sinvergüenzas! ¡Que caiga la maldición de Pir Jan sobre los cerdos, los perros y los blasfemos! ¿Es que nadie llevará al Protegido de Alá hasta el norte para que pueda venderle al emir amuletos cuyo poder es eterno? (*Da vueltas sobre sí mismo.*) ¡Gira, gira! ¡Ved, hombres, cómo

¹⁰ Para los masones, Dios.

se despliega ante vosotros la Verdad! ¡Lo dice el Libro¹¹: allá donde mires está el Rostro de Dios! Aquellos que me admitan en su caravana recibirán todas las bendiciones. Sus camellos no se cansarán, sus hijos no se pondrán enfermos, sus mujeres les guardarán fidelidad por mucho que se ausenten... ¿Es que nadie quiere ayudarme a calzar la sandalia de oro con tacón de plata en el pie del rey de las montañas? El que viaje a mi lado llegará ¡en un día! a la ciudad de Peshawar. ¡Porque los míos son camellos alados!

Al compás de la música, se van alejando. Luego, PEACHY y DANNY se ponen sus uniformes de combate solemnemente.

DANNY. *(Al terminar.)* Hermano Carnehan, ¡estamos en camino!

PEACHEY. *(Al público.)* Peachey estaba un poco preocupado, no voy a ocultarlo, porque aquel era un camino nunca antes hollado por los hombres blancos. Pero veía a Danny feliz y muy seguro de sí mismo, así que creía en él. Por las noches acampaban a la luz de las estrellas, y encendían el fuego, y a Danny le gustaba cantar junto a la hoguera.

DANNY. *(Canta.)*¹² *Oh Danny, ve, las gaitas te reclaman
Desde el alcor, hasta el viejo peñón,
Con el otoño mueren ya las flores,
Debes marchar, debes marchar.*

PEACHEY. Danny, deja ya de cantar. Vas a provocar un alud.

DANNY. *(Ríe.)* Si un rey no puede cantar no vale la pena serlo... *(Recita:)* ¡Caminamos por baldíos feroces, por un mundo congelado! ¡Por colinas espantosas y prados lúgubres! ¡El hogar de la bestia macabra y del Demonio! Guarida de hombres más salvajes, más atroces... *(De nuevo el inquietante trueno de las nieves; aunque esta vez se queda sólo en amenaza, pese al pánico de PEACHEY.)* ¡Deja, hombre, el luto! ¡Deja de llorar, y de quejarte!

¹¹ El Corán, evidentemente.

¹² La música de esta famosísima canción irlandesa, *Danny Boy*, es de mediados del siglo XIX, si bien la letra no fue añadida hasta 1910. Pese a tal la he incluido, consciente del anacronismo.

¡Disfruta de éste, tu momento de esplendor bajo el sol! Danzamos sobre el helado filo de la Muerte pero, ¿acaso por eso ha de ser la danza menos dichosa¹³?

PEACHEY *mira a DANNY sin entender del todo lo que acaba de escuchar. DANNY ríe y vuelve a lo suyo.*

DANNY. *(Canta.) Te esperaré, cuando vuelva el verano,
O cuando nieve sobre el valle azul,
Te esperaré, de día y de noche,
Oh, Danny amigo, aquí estaré.*

PEACHEY. Y cuando Danny cantaba parecía que todo iba a salir bien.

Se escucha un trueno lejano. PEACHEY mira al cielo con preocupación. Tormenta: salvaje batir de tambores. Se corre la cortina blanca del bazar ocultando a PEACHY y a DANNY. Al cabo del momento se calma el ruido y vemos la cabeza de DANNY emerger de entre los cortinajes blancos.

DANNY. ¡Por la cimitarra de Buda! ¡Peachey! ¡Peachey!

De otro lugar brota, como una seta, la cabeza de PEACHEY.

PEACHEY. ¡Rábanos, menudo frío! ¿Qué ha pasado?

DANNY. ¡El techo del mundo se ha desplomado sobre nuestras cabezas mientras dormíamos! Veámoslo por el lado bueno: estamos vivos.

PEACHEY. ¿Y los asnos? ¿Y el equipo?

DANNY. Digamos que ése es el lado malo. Deben haberse quedado por ahí abajo, en algún sitio. Indudablemente es una pérdida seria.

PEACHEY. ¿Una pérdida seria? ¡Estamos en medio de ninguna parte muertos de frío y sin medios para salir de aquí! ¿Sabes lo que creo? ¡Creo que han sido tus malditas canciones las que han provocado el derrumbe!

¹³ La cita es de la *Kasidah*, el gran poema sufí de Richard Francis Burton.

DANNY. ¡Tranquilidad, Hermano Dravot! No nos desesperemos. Si el Señor hubiera querido llevarnos ahora lo habría hecho durante la noche, señal inconfundible de que no nos quiere a su lado, por el momento, lo cual coincide con nuestros planes...

PEACHEY. ¡No tenemos provisiones!

DANNY. ¡Pero conservamos las armas y la munición, y siempre habrá algún pajarraco que abatir! Por lo demás, tenemos nieve, así que no nos faltará el agua.

PEACHEY. Llevaba un botellín de ginebra, para las emergencias, pero lo he perdido.

DANNY. ¡Mejor! ¡Dijimos que nada de alcohol!

PEACHEY. Moriremos de hambre y de frío...

DANNY. (*Solemne.*) El camino de la privación y de la frugalidad conduce al Reino de Oro. Veamos... El Kafiristán está hacia allá. Caminemos.

PEACHEY. (*Al público.*) Yo, *sahib*, *mensahib*, cuento todas estas cosas lo mejor que puedo, porque mi cabeza no está del todo bien y se me amontonan los recuerdos como sacos viejos en el fondo de un almacén. Tendrían que abrirmela con un escoplo para que pudiera pensar como es debido. Sólo sé que el país era montañoso y que el Hermano Dravot y el Hermano Carnehan subían y bajaban y volvían a subir, y Peachey le imploraba a Danny que por Dios no volviera a cantar porque temía nuevos aludes, de manera que Peachey se pasó aquella travesía rezando para que las montañas no se les cayeran encima otra vez. Pero al final llegaron al otro lado.

PEACHEY y DANNY se *acuclillan detrás de un tiesto.*

DANNY. ¡Hermoso valle! Mira: un río. Y allí, casas.

PEACHEY. O los kafiris son unos renacuajos o aquello son niños.

DANNY. Lo son.

PEACHEY. Donde hay niños hay mujeres...

DANNY. Hermano Carnehan...

PEACHEY. ¡Diablos! ¡Qué dura es la abstinencia!

DANNY. Lo que me preocupa es dónde están los hombres.

PEACHEY. Pues...

De pronto fija su mirada en los dos músicos.

PEACHEY. Mira allí. Es condenadamente cierto que apenas se diferencian de las cabras. ¿Qué hacemos? No me gusta nada la forma en que nos miran.

DANNY. ¡Tranquilidad, ante todo! Esta gente vive según el *Paj-tunwali*, el Camino de los Pastunes. Una especie de código de honor. Se supone que cualquiera que busque hospitalidad, aunque sea su peor enemigo, debe ser bienvenido.

Suena un disparo, que rebota absurdamente no lejos de donde están los dos amigos.

PEACHEY. Eso ha sido un disparo.

DANNY. ¡Bah! Una espingarda, nada más.

Otro balazo. Rebote sobre las piedras.

PEACHEY. Quizá no se han leído el código.

DANNY. Hmmm... Deberíamos cargarnos a uno. Para demostrar desde el principio quién manda, ¿sabes? La jerarquía es fundamental.

PEACHEY se echa el arma al hombro, apunta y dispara. Uno de los músicos grita y cae al suelo.

DANNY. Excelente disparo, Hermano Carnehan.

PEACHEY. Exactamente en el centro de la frente.

DANNY. Bien. Ahora bajaremos. Con tranquilidad. Estarán muertos de miedo, así que, en principio, no intentarán nada y nos escucharán. Yo hablo y tú me cubres.

PEACHEY. *(Al público.)* ¡Contened la respiración, *sahib*, *mensahib*! ¡Porque, aunque no lo creáis, Peachey y Danny entraron completamente solos en aquella aldea, sin miedo a la muerte! Los

kafiris se escondían en sus chozas miserables, pero Danny se puso a gritarles en su propio idioma y eso, sin duda, les sorprendió más que ninguna otra cosa.

DANNY. ¡Oíd, hijos míos! ¡Podéis salir sin miedo! Venimos del Cielo, donde convivimos junto con Dios y los Profetas. No tenemos nada contra vosotros, no os deseamos ningún mal.

UNO DE LOS MÚSICOS. (*Desde un rincón, imitando la voz de un kafiri.*) ¿Entonces por qué habéis matado a Gul.Basrá?

DANNY. ¡Ah! ¡Es que ese Gul.Basrá era un impío, y por eso ha sido castigado! ¡Pegaba a su mujer!

OTRO MÚSICO. (*Tras una pausa.*) ¿Es que no se puede?

DANNY. Calmaos, hijos míos, os lo repito. Venimos en son de paz y no queremos haceros mal, sino todo lo contrario. Decidme quién es vuestro jefe y hablaremos con él.

EL PRIMER MÚSICO. (*Tras otra pausa.*) El jefe no quiere hablar con vosotros.

DANNY. ¿Por qué?

EL PRIMER MÚSICO. (*Una pausa más.*) Dice que él también pega a su mujer y no quiere que le disparéis por eso.

DANNY. Decidle que a él le perdonamos. Necesito hablarle. Para que veáis que nuestras intenciones son buenas mi amigo se quedará aquí con vosotros mientras yo hablo con vuestro jefe. Si a él le pasa algo malo vosotros podéis descuartizar a voluntad a mi compañero. ¡He dicho!

PEACHEY. (*Al público.*) ¡Oh, yo no entendía aquel lenguaje de lobos, *sahib*, no lo entendía! Pero vive Dios que hubiera estrangulado al Hermano Dravot si hubiese sabido lo que decía...

DANNY. (*A PEACHEY.*) Les estoy diciendo a estos cretinos que somos dioses y que no pueden tocarnos un pelo de la ropa. No te preocupes: esta gente lleva casándose entre hermanos desde hace veinte generaciones, así que no les queda mucho cerebro. Voy a parlamentar. Tú quédate aquí.

PEACHEY. ¿Aquí? ¿Sólo?

DANNY. Si se mueven, mátalos.

PEACHEY. (*Mientras se pone las ropas de reyezuelo.*) Pese a todo, ¡vaya que si era audaz el Hermano Dravot! Se encaminó hacia el lugar en el que vivía aquel salvaje como si fuera el Príncipe Alberto de paseo en Hyde Park, saludando a un lado y a otro, sonriendo, sonriendo siempre.

PEACHEY *ha terminado de vestirse y se sienta. Se ha convertido en un reyezuelo siniestro y más bien sucio que fuma un narguile con ansia enfermiza.*

PEACHEY. (*Nervioso.*) ¿Quién eres?

DANNY. Un amigo, si tú quieres. Vengo a hacerte una oferta de colaboración.

PEACHEY. ¿Una qué?

DANNY. Dime: ¿tienes enemigos?

PEACHEY. ¡Muchísimos! ¿Y quién no?

DANNY. ¿Y por qué no acabas con ellos?

PEACHEY. ¿Con todos?

DANNY. ¿No te gustaría?

PEACHEY. Son muchos. ¿Qué hacer luego si me quedo sin enemigos?

DANNY. Gobernar. Y enriquecerte.

PEACHEY. (*Le brillan los ojos.*) ¿Enriquecerme?

DANNY. Si vences a tus enemigos conquistarás sus territorios. Sus riquezas serán tuyas. Y sus armas. Sus mujeres también.

PEACHEY. (*Tras un momento de silencio, con tristeza.*) Mi mujer, muy fea. No es verdad que yo la pegue. Ella pegar a mí, y eso ser vergüenza para un jefe.

DANNY. Si te conviertes en jefe de todo el territorio podrás regalarle tu mujer a otro y quedarte con la que más te guste.

PEACHEY. ¿Los jefes hacen eso? ¿Puedo elegir?

DANNY. Los jefes, querido amigo, mandan. Por eso son jefes.

PEACHEY. Si eso hacen jefes, entonces, ¿qué hacer yo todos estos años?

DANNY. Ahora tienes la oportunidad de resarcirte.

PEACHEY. ¡Ah! ¿Y cómo se hace eso?

DANNY. En primer lugar tendrás que nombrarnos, a mi compañero y a mí, generales supremos de tu ejército.

PEACHEY. ¿Y cómo se hace eso?

DANNY. Entrenaremos a tus hombres para convertirlos en fieros guerreros. Mucho más fieros de lo que son ahora.

PEACHEY. ¿Y cómo se hace eso?

DANNY. Cuando estén listos nos lanzaremos a la conquista, pueblo por pueblo. Lo saquearemos todo.

PEACHEY. (*Tras otra pausa, repite.*) ¡Ah! ¿Y cómo se hace eso?

DANNY. (*A punto de perder la paciencia.*) ¡Tú quedarte aquí y dejarnos las manos libres! ¡Y prepararte para ser un buen rey!

PEACHEY. ¡Gustar plan vuestro! ¿Cómo se llama?

DANNY. Se llama democracia, hijo mío. Pero no está al alcance de cualquiera, así que considérate afortunado porque sólo se la concedemos a aquellos que nos caen bien.

PEACHEY. Pero, ¿de qué país venir vosotros que sois tan sabios?

DANNY. Te lo he dicho, venimos del cielo.

PEACHEY. ¡Eso no creer! Yo ver hombres blancos como tú, antes.

DANNY. ¡Ah! ¿De veras?

PEACHEY. Sí: en la Ciudad Donde Termina la Tierra, allá arriba. Los hombres ser blancos y tener ojos claros, como vosotros.

DANNY. ¿La Ciudad Donde Termina la Tierra, dices?

PEACHEY. ¿También conquistar? Dicen que allí haber más riquezas que en ningún sitio. Pero ser lugar sagrado. No atacar sitios sagrados.

DANNY. Por el momento la dejaremos en paz. Más adelante, veremos. ¡De acuerdo, pues! Anuncia a tu gente que somos tus generales para que podamos empezar a actuar.

PEACHEY. ¡Ah, pero no poder!

DANNY. ¿Cómo? ¿No estábamos de acuerdo?

PEACHEY. En este pueblo, gente muy primitiva. Seguir culto Naga.

DANNY. ¿El Culto de la Serpiente?

PEACHEY. ¡Exacto! Yo nombrarte a ti general, pero ellos sólo seguir a ti si tú ser culto naga. Si no, ellos temer, pero no respetar. Ellos matar a ti. *(Pausa)* Ser primitivos. Aquí no posible demociocracia.

DANNY. Democracia, hijo. *(Se lo piensa.)* Habrá que iniciarse, pues.

PEACHEY *se desprende de sus ropajes de jefecillo y se dirige a*
DANNY.

PEACHEY. ¿Quieres decir, Hermano Dravot, que vas a renunciar a tu fe cristiana para volverte un salvaje como ellos?

DANNY. ¡Por la Cornucopia de Amaltea! ¿Cómo te atreves a decir eso? Se trata de disimular, nada más. Si hay que hacerse Nagas seremos Nagas. Luego, cuando nos convirtamos en reyes, barreremos del mapa todos estos cultos primitivos e instalaremos aquí la primera Logia del Kafiristán. ¡Haremos de ellos unos buenos masones y mejores cristianos!

PEACHEY. De acuerdo, entonces. Pero no me hace ninguna gracia lo de la serpiente. Recuérdalo, Danny: fue la Serpiente la que estropeó todo en el Paraíso...

DANNY. ¡Bah, ni siquiera hay verdaderas serpientes en el ritual! El iniciado, o sea, yo, debe bailar en torno al *panchavarnahudi*¹⁴

¹⁴ Dibujo místico realizado en el suelo, combinación de colores blanco, rojo, verde, amarillo y negro.

con el Rey Cobra, que es otro hombre vestido con ropas femeninas.

PEACHEY. (*Tras un instante, azorado.*) Por si lo estabas pensando, Hermano Dravot, te diré que de ninguna manera me vestiré de mujer para bailar contigo. ¡Ni por todos los reinos del mundo!

DANNY. (*Jovial.*) ¡Oh, no te preocupes por eso! Ese papel debe ser representado por un sacerdote.

Durante este diálogo, DANNY se ha quitado casi todas sus ropas, con excepción de los pantalones y de una camisa. Con pintura de un botecito traza una línea roja sobre su frente.

DANNY. Solucionemos esto cuanto antes. Tengo prisa por empezar la conquista del reino.

PEACHEY ha encendido un sahumero. Las volutas de humo envuelven a DANNY, que enseguida experimenta sus efectos y pierde un poco la cabeza. Música.

PEACHEY. ¡Qué país extraño, qué cultos extravagantes! ¡Ah! ¡Ah! No os engaño en absoluto, *sahib, mensahib*, cuando os relato aquella extraña ceremonia! ¡Oh, el Hermano Dravot había leído mucho y estaba familiarizado con las singularidades de aquellos bárbaros! Pero se había equivocado en un pequeño detalle, ¡ah, ah!, un detalle importante: El Rey Cobra no era un sacerdote vestido de mujer, y ni siquiera una mujer: ¡era una auténtica cobra!

Música: PEACHEY utiliza el tubo del narguile para simular la forma de una serpiente. DANNY, aturdido, se queda paralizado por completo durante un instante, mientras la cobra se mueve en torno suyo; después, siguiendo la música rítmicamente, empieza a balancearse en una danza alucinógena. En varias ocasiones el ofidio se acerca peligrosamente a DANNY. Finalmente, la cobra retrocede.

DANNY. ¡Por las enaguas de Victoria! ¡Era más grande que un cocodrilo!

PEACHEY. ¡Te dije que no me gustaba nada esto!

DANNY. ¡Da igual! Ahora ya soy un iniciado. ¡A ver si podemos empezar de una vez con lo nuestro y dejarnos de tonterías!

Redoble de tambores mientras DANNY se viste, y durante toda la lección militar que sigue.

DANNY. ¡Armas al hombro! ¡El hombro, pedazo de bestia! ¿No sabes dónde tienes el hombro?

PEACHEY. ¡A la derecha! ¡Derecha! ¡La otra derecha!

DANNY. ¡Paso ligero! Pero, ¿qué hace? ¡¿Qué hace ése?!

PEACHEY. ¡Cuerpo a tierra! ¡Ya!

DANNY. ¡Un, dos, un, dos, un, dos! ¡Tú, el barbas! ¡Muévete! ¡Que te muevas! ¡Diablos, ese tío ha interrumpido la instrucción para hacer sus necesidades ahí mismo!

PEACHEY. (*Mostrando su rifle.*) ¡Esto, panda de acémilas, es un Martini.Henry¹⁵! ¡El arma del Imperio! ¡Cuatro pies y una pulgada de longitud! Eso si no le colocamos la bayoneta, en cuyo caso su longitud se extiende hasta los cinco pies y ocho pulgadas. ¡Calibre 577, barra 450! Lo cual significa, como bien saben vuestro amigo Gul.Basrá y su viuda, que un buen tirador puede perforar la calabaza de cualquier idiota a 1500 yardas. Aunque me conformo con que vosotros acertéis a 600... ¡Mabudulá, despierta al imbécil que tienes a tu lado porque no pienso repetir todo esto! (*Al público*) Hasta que llegó la mañana en que Peachey y Danny pusieron en marcha su primer y pequeño ejército, con rumbo hacia el interior. (*Música épica: misteriosamente, los tambores y los sitares se mezclan con la gaita escocesa.*) ¡Ah, Sahib, Mensahib! ¡Si les hubierais visto entonces, justamente entonces! ¡Con los uniformes limpios, los botones brillantes, la bandera al viento! ¡Y aquella armada de locos desfilando detrás de ellos! Iban de pueblo en pueblo y Danny se dirigía a los campesinos:

¹⁵ El rifle de repetición del ejército británico durante la época del Imperio. Un arma legendaria, por su presencia en las Guerras Zulúes.

DANNY. *(Al público.)* ¡Queridos Hijos Míos! Somos, pese a todo, gente de bien. Y por eso os digo: unios a nosotros y preservaremos vuestras vidas. Los hombres serán soldados de nuestro ejército, las mujeres estarán a salvo de toda agresión, y los ancianos y niños bajo nuestro manto protector. ¡Y si decís que no os pasaremos a todos a cuchillo!

PEACHEY. ¡Y dijeron que sí! Y así fue como, poco a poco, aldea a aldea, el ejército fue creciendo poderosamente.

DANNY. Deberíamos hacerle una visita a la Ciudad Donde Termina la Tierra. Me gustaría echarle un vistazo. ¿Qué te parece?

PEACHEY. Bueno, sería una forma de descansar. ¿Cuándo quieres salir hacia allí?

DANNY. Lo antes posible. Pero primero tenemos que atar un cabo suelto. Todos esos reyes de poca monta que hemos ido dejando atrás... ahora querrán aprovecharse de lo que hemos hecho por ellos. Quizá hasta se tomaran en serio nuestras promesas... Antes de seguir deberíamos derrocarles definitivamente.

PEACHEY. Si quieres puedo regresar con una pequeña escolta y hacerme cargo.

DANNY. Adelante.

PEACHEY. *(Al público.)* Y Peachey cabalgó de regreso, de aldea en aldea, y visitó a aquellos reyezuelos anunciándoles que les traía noticias del frente, y los degolló uno a uno, cosa que no importó a nadie porque ahora los verdaderos reyes eran él y Danny. Y después se reunió con su amigo y llegaron hasta la Ciudad Donde Termina la Tierra.

Cambia la música: se vuelve sutil, evocadora. Se recorren las alfombras colgadas y vemos, al fondo, un friso con el rostro de Alejandro sobre la piedra. DANNY y PEACHEY contemplan el friso.

DANNY. ¡El Ojo Que Todo Lo Ve! *(Al público.)* ¡Soy el hijo de Alejandro y de la reina Semíramis, y he regresado, con mi hermano menor, aquí presente, a reclamar lo que, por derecho, nos pertenece! ¡Mirad!

Entonces se abre la camisa y muestra el tatuaje en su pecho. Los músicos gritan: "¡Iskander! ¡Iskander!" Luego abren la cámara del tesoro. DANNY y PEACHEY entran y salen cargados de oro. DANNY, ante un espejo, se coloca solemnemente una corona.

Música, esta vez casi sacramental.

DANNY. ¡En virtud de la autoridad de la cual estoy investido, y que viene de mi mano derecha, y de la cooperación de Peachey, me declaro Rey de todo el Kafiristán, y Gran Maestre de la Loggia central de este país, en compañía de mi muy querido Hermano Carnehan, que, habiendo compartido conmigo peligros y privaciones, compartirá también ahora la riqueza y el poder! ¡Ponte tú otra corona, Peachey!

PEACHEY. *(Lo hace.)* ¡Somos reyes, Danny! ¡Somos reyes!

DANNY. *(Casi en un susurro.)* ¡Más aún! ¡Somos dioses!

PEACHEY. *(Al público.)* ¡Eran reyes, *Sahib, Mensahib*, y eran dioses! Y ni el propio Alejandro en persona tuvo nunca tanto poder como ellos. Los meses siguientes fueron de felicidad indescriptible. Peachey quedó a cargo del ejército, y disfrutaba entrenándoles y convirtiéndoles en auténticos soldados. Pero era Danny el que se encargaba de las verdaderas tareas de gobierno, porque era un hombre sabio, y les impresionaba a todos con sus conocimientos, y sus muchas lecturas, y sus frases en diversos idiomas, y nadie dudaba de que fuera el legítimo hijo de Alejandro.

DANNY, con su corona puesta y con un manto en torno a su cuerpo, se dirige a los músicos.

DANNY. Hijos míos: como dijo Ovidio, a quien vosotros no conocéis, pero yo sí, *regia res est succurrere lapsis*¹⁶, o, lo que es lo mismo, es acción regia socorrer a quienes han caído. Por eso, todos los que necesitéis ayuda o consejo podéis venir cada mañana a verme y explicarme vuestras cuitas, sin miedo alguno. A nadie se fusilará ni se alanceará, mientras se porte bien, y yo sé que no vais a engañarme porque sois blancos, hijos de Alejan-

¹⁶ *Ex ponto epistulae, 2, 9, 11.*

dro, y no como esa chusma negra y mahometana que anda por ahí... Sois como las Tribus Perdidas... ¡o algo así! ¡Para todos tendré una respuesta! ¡Porque vosotros sois mi pueblo, y vive Dios que haré de vosotros una nación espléndida o moriré en el empeño! (A PEACHEY.) Hermano Carnehan, derrama un cazo de leche sobre este suelo para hacerlo sagrado. (PEACHEY *obedece.*) A ver, tú, ¿qué quieres?

UNO DE LOS MÚSICOS. (Con un turbante.) ¡Shurdin, que es un cerdo, se ha llevado a mi mujer, Zahida!

DANNY. ¡Vaya con Shurdin! ¡Menudo pájaro! ¿Dónde está? Que se adelante.

EL OTRO MÚSICO. Soy yo. Zahida se ha venido conmigo porque Yusuf, su marido, es un animal y además huele fatal. Ella me prefiere a mí.

DANNY. Es cierto que apesta un poco, Yusuf. Pero ella, ¿qué dice? ¿Es esa? Di, habla.

PEACHEY. (Con voz de *falsete.*) No quiero volver con Yusuf.

DANNY. ¡Ah! ¿No? Pero mujer, si le lavamos un poco le quitaremos la peste.

PEACHEY. (Igual.) Pero es viejo y Shurdin joven. No me cuida como debe.

DANNY. ¡Eso sí que no podemos permitirlo! ¿Qué respondes, Yusuf?

EL PRIMER MÚSICO. No huelo mal.

DANNY. ¿Y en cuanto a la otra acusación?

EL PRIMER MÚSICO. Que soy viejo es evidente. Pero es ella la que debe cuidar de mí. Si las mujeres empiezan a hacer lo que quieren no sé dónde vamos a parar.

DANNY. ¡No te falta razón! Bien, esta es mi sentencia. Yusuf, te lavarás como mínimo una vez cada dos semanas. Tú, Zahida, cuidarás a tu marido. Y tú, Shurdin, te irás a vivir con ellos para asegurarte de que a Zahida no le falte, ¡ejem!, de nada. ¡He di-

cho! (A PEACHEY.) ¡Hermano Carnehan! Me parece que estás engordando. Te conviene un poco de ejercicio. He pensado que deberíamos tender unos puentes de cuerda sobre esos abismos que cortan este país montañoso. Así mejoraremos las comunicaciones. ¡Encárgate de eso!

PEACHEY. (Al público.) ¡Oh, a Danny le gustaba mucho su papel! Tanto que fue olvidándose un poco de su amigo Peachey. ¡No es que Danny no fuera bondadoso con él! Tanto en público como en privado, le trataba con respeto y miramiento; pero tomaba decisiones sin contar con Peachey y éste se limitaba a esperar sus órdenes.

DANNY. Míralos, Peachey. Son como niños felices y limpios. No son salvajes en absoluto: ¡son ingleses! ¡Mira cómo caminan, erguidos, orgullosos! No temen a nada y, desde luego, no son inferiores a nadie. ¿Podría pedirse un pueblo mejor que éste? Voy a decirte lo que he pensado: es preciso dar un paso más. No basta con un reino. ¡Hemos de fundar un Imperio! Cuando llegue la primavera haré un censo. Así, a ojo, he calculado que, si los sumamos a todos, incluyendo las aldeas de las montañas, tendremos una población de dos millones de habitantes. ¡Dos millones! Eso significa un ejército de doscientos cincuenta mil hombres. Suficientes para pararles los pies a los rusos si se les ocurre atacar a la India. Seremos emperadores, Peachey, ¡emperadores de la Tierra! Tengo que escribir unas cartas a Inglaterra para pedir que nos manden algunos colaboradores...

PEACHEY. Danny...

DANNY. Creo que con una docena de ingleses bien escogidos como ministros podremos...

PEACHEY. ¡Danny!

DANNY. ¿Eh? Perdona, Peachey. ¿Decías algo?

PEACHEY. Sí. Yo también he estado pensando. Todo esto ha estado muy bien, pero me gustaría volver a la civilización.

DANNY. ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

PEACHEY. Si no te parece mal, me gustaría coger una parte del tesoro y viajar hasta Londres. Hace años que no he estado allí, y creo que aún debe quedar algo de mi familia en algún sitio.

DANNY. ¿Londres? ¡Vaya, eso sí que es inesperado! Bueno, en ese caso tú mismo podrías actuar como embajador ante Nuestra Prima Victoria. Después, cuando vuelvas...

PEACHEY. Pero es que no quiero volver. Lo que quiero es comprarme una casa y vivir allí, tranquilo.

DANNY. (*Tras una pausa.*) ¿No quieres volver? (*Pausa.*) ¡Por la tortuga de Simbad! (*Pausa.*) ¿Lo dices en serio? (*PEACHEY asiente.*) Entiendo. Mentiría si dijera que lo esperaba... ¿No preferirías volver a pensarlo? Quizá te ha molestado mi idea de traer gente para que nos ayude. No quería ofenderte. Tú eres mi mejor general y la mitad del reino te pertenece, pero, ¿no te das cuenta de que ahora necesitamos hombres más inteligentes que nosotros? Entre los dos no tenemos tiempo para hacer todo lo que es preciso. El invierno se nos echa encima.

PEACHEY. Lo siento, Danny. He hecho cuanto he podido. Pero no es eso. Añoro Inglaterra. (*Pausa.*) No me gustaría que te enfadaras conmigo por esto.

DANNY. ¿Enfadarme? ¿Contigo? ¡Por Dios, Peachey! ¡Tú eres mi hermano! Toma lo que desees del tesoro. Es tan tuyo como mío.

PEACHEY. Sólo lo suficiente para instalarme bien y poner un negocio. Una taberna, quizá. ¡Así podré beber gratis el resto de mi vida! Porque, ahora que ya hemos cumplido nuestra empresa, supongo que podremos volver a beber alcohol, ¿no? También me gustaría buscar una mujer y casarme.

DANNY. Sí, naturalmente. ¡No podemos romper el contrato porque lo llevo puesto! Pero hemos cumplido, claro que hemos cumplido. (*Pausa.*) ¡Dame un abrazo, Peachey! (*Se abrazan.*) También yo debería casarme. Necesito una esposa para dejar una descendencia aquí. ¿O quizá sería preferible tener un harén completo? Sembraré esto de pequeños Dravots... ¿Esperarás a mi boda antes de marcharte? Sería para mí un honor que fueras mi padrino.

PEACHEY. Como tú quieras, Danny.

DANNY. Bien, bien...

DANNY *se ensimisma, meditando sobre esta cuestión. Luego se sienta junto a los músicos y se pone a charlar con ellos.*

PEACHEY. *(Al público.)* Pero elegir reina, *Sahib, Mensahib*, no era cuestión fácil.

DANNY. *(Levantándose, furioso.)* ¿Pero qué os habéis creído? ¿Me tomáis por un perro? ¿Es que no soy digno de vuestras mujerzuelas? ¿Acaso no he extendido mi mano benefactora sobre todo este país? ¿Quién os ha enseñado a luchar? ¿Quién ha construido puentes en vuestros barrancos? ¿Quién lleva tatuado sobre su piel el Signo Perdido de Alejandro? ¡El matrimonio de un rey es Asunto de Estado!

PEACHEY. Pero, ¿qué es lo que pasa?

DANNY. ¡Estos ingratos se niegan a darme una esposa! ¿Y sabes por qué?

PEACHEY. No.

DANNY. ¡Dicen que las hijas de los hombres no pueden mezclarse ni con los dioses ni con los demonios! Si una mujer se casa con uno de ellos muere al instante.

PEACHEY. Pero... ¡todo eso son supersticiones!

DANNY. ¡Naturalmente! Pero como soy un dios ninguna muchacha quiere dejar que la toque.

PEACHEY. Danny... Quizá sea mejor dejarlo estar.

DANNY. ¿Qué dices?

PEACHEY. Bueno... si la cosa es tan seria para ellos... quizá sea un error insistir en esto. Puedes buscar esposa en otro sitio. Podrías acompañarme hasta Lahore y traerte una esposa de allí. También la considerarían diosa y no pondrían objeción a su presencia.

DANNY. Pero, ¿estás loco? Si les permito esta actitud, ¿cuánto voy a durar como rey? ¡No! ¡Soy el soberano y tendrán que obedecerme! *(Al público.)* ¡Escuchad bien, criaturas desnaturalizadas! Mañana por la mañana vendrán a palacio todas las muchachas en edad casadera, ¡sin excepción! Yo elegiré aquella que más me complazca y la convertiré en mi esposa y reina. ¡Y no admito discusión alguna sobre este punto! ¡Soy un dios, sí, pero eso significa que lo puedo todo! ¡Amén!

Se sienta, envuelto en su manto.

PEACHEY. Y se hizo como Danny dijo, porque Danny era el hijo de Alejandro, y era rey, y era dios.

Música fúnebre. PEACHEY coge el cráneo y lo coloca sobre un vestido femenino, formando con ello una especie de muñeca sinuestra de tamaño natural. DANNY se pone en pie, mira la muñeca.

DANNY. Serás tú. *(Al público.)* ¡Será ella! *(Pausa.)* ¡Y será ahora mismo! Nos casamos de inmediato.

PEACHEY. *(A DANNY.)* Danny, te lo digo por última vez: renuncia a esto. Vamos a tener un disturbio.

DANNY. ¡Disturbios! ¡En mi reino! ¡Entre mis vasallos! No digas necedades, Peachey.

PEACHEY. La muchacha está al borde del desmayo. Dice que morirá en cuanto le des el primer beso.

DANNY. *(Riendo.)* Oh, morirá, morirá, Hermano, pero de placer. Ya verás como deja de quejarse en cuanto llevemos un rato juntos...

PEACHEY. Danny, ¡por Dios!

DANNY. ¡Basta! ¡Basta! ¿Dónde está esa mujer? ¡Acabemos con toda esta estupidez inmediatamente! *(Se acerca a la muñeca.)* ¡Criatura! *(Recita, muy suavemente.)* La hora se acerca. La Reina Menguante se dispone a gobernar el final de la noche, coronada con el resplandor de una estrella, entronizada en un orbe de

pálida luz¹⁷. (*Pausa.*) No te asustes, niña. Te he concedido el honor de ser reina y madre de reyes en esta tierra perdida. Ven. Dame un beso. (*Muy lentamente, DANNY se inclina hacia ella para besarla. De pronto lanza un grito.*) ¡Hija de perra! ¡Me ha mordido! ¡La muy cerda me ha mordido!

PEACHEY. ¡Danny!

DANNY. ¿Qué diablos quieres?

PEACHEY. ¡Estás sangrando!

DANNY, *aturdido, se mira la mano con la que tapaba el mordisco en su cuello. Los dedos, efectivamente, aparecen teñidos de rojo.*

PEACHEY. (*Al público.*) ¡Ah, *Sahib!* ¡Ah, *Mensahib!* ¡Aquello fue la catástrofe! ¡Porque los dioses no sangran, no sangran como sí lo hacen las personas normales! ¡Y entonces aquella gente se dio cuenta de que Danny no era más divino que ellos, y que Peachey era otro embaucador, y que además ambos eran unos blasfemos y unos sacrílegos! ¡Y Danny el peor de los dos, porque llevaba el Signo Perdido tatuado sobre su propia piel! El pueblo se levantó contra los reyes para castigarles. (*Música de alarma y algarabía.*) ¡Huyamos, Danny, por Dios! ¡Huyamos!

Los músicos les amenazan utilizando sus instrumentos como fusiles.

PEACHEY. (*Al público.*) Pero no escaparon, *Sahib*. No escaparon porque estaban solos frente a la Ciudad entera, y les cogieron prisioneros, y les metieron en una mazmorra, a la espera del castigo. ¡Y qué castigo terrible fue ese, *Sahib, Mensahib!* Primero le tocó a Danny. Lo llevaron hasta uno de los puentes colgantes que Peachey había hecho tender sobre un precipicio. (*DANNY se pone en pie sobre la mesita.*) Le hicieron caminar hasta el centro, allí donde la caída era mayor, pinchándole con un palo, como si fuera un animal, azuzándole.

¹⁷ Los primeros versos de la *Kasidah*.

DANNY. ¡Por la cabeza de Gordon Pashá! ¿Creéis que no sé morir como un soberano? Peachey: por mi culpa te ves en esta situación. Hermano, perdóname. Perdóname por lo que te dije en un momento de ofuscación, perdóname por traerte a este lugar para morir de forma tan indigna. ¡Di que me perdonas, Peachey!

PEACHEY. Te perdono, te perdono libremente y de todo corazón, Danny.

DANNY. Entonces, me voy en paz. Si un rey no puede cantar, no vale la pena serlo. (*Canta.*)

*Oh Danny, ve, las gaitas te reclaman
Desde el alcor, hasta el viejo peñón,
Con el otoño mueren ya las flores,
Debes marchar, debes marchar.*

En este punto, PEACHEY se une a la canción.

DANNY Y PEACHEY. *Te esperaré, cuando vuelva el verano,
O cuando nieve sobre el valle azul,
Te esperaré, de día y de noche,
Oh, Danny amigo, aquí estaré.*

DANNY. ¡Cortad, granujas!

DANNY salta de la mesita. La luz se hace tenue, como al principio.

PEACHEY. (*Al público.*) Cortaron las cuerdas y el Hermano Dravot, el bueno de Danny, cayó. Y cayó, y cayó, y cayó, dando vueltas y vueltas, y más vueltas, como una peonza, debieron ser treinta mil kilómetros de caída, porque tardó media hora en llegar abajo. Pero, ¿saben ustedes, *Sahib, Mensahib*, lo que le hicieron a Peachey? Lo crucificaron, pero no murió. Estuvo allí todo un día y toda una noche, aullando, y lo descolgaron al día siguiente, diciendo que era milagroso que hubiera sobrevivido. Y quizá porque eso les había impresionado le curaron las heridas y luego le dieron un guía para que regresara a su casa. Antes de marcharse le entregaron una cosa, una bolsa con algo dentro. Era la cabeza del Hermano Dravot, con la corona aún encajada sobre las sienes. Peachey se puso muy contento y re-

chazó al guía, porque, teniendo a Danny otra vez consigo, ¿para qué necesitaba más compañía? (*Los músicos salen de escena. PEACHEY levanta de nuevo el cráneo del principio.*) Mendigaron por los caminos, siempre juntos, Peachey y Danny, tropezando, cayendo, volviendo a levantarse. Aunque la corona era de oro Peachey jamás la vendió; prefería pasar hambre. Por la noche bailaban las montañas en torno suyo e intentaban quitarle a Peachey la cabeza de Danny, pero él la protegía con su cuerpo, cada vez más encorvado. Cuando el miedo de Peachey empezaba a ser demasiado grande siempre se aparecía Daniel Dravot, que caminaba entre la nieve, delante de él, abriéndole el camino, y le decía:

DANNY. ¡Adelante, Peachey! ¡Nuestra empresa es grandiosa! Porque no somos hombres pequeños, y a nada le tenemos miedo.

DANNY sale de escena. PEACHEY queda solo.

PEACHEY. Y entonces, *sahib, mensahib*, Peachey recuperaba la alegría y la confianza. Porque un día Danny le había prometido que serían reyes, y fueron reyes. Y no se duda nunca, nunca, de un hombre capaz de hacer tales promesas, y cumplirlas.

Un silencio prolongado. PEACHEY acaricia el cráneo.

PEACHEY. Y ésta, *sahib, mensahib*, es la historia. (*Pausa.*) Es mía, pagué un precio muy alto por ella. Pero volvería a pagarlo mil veces... Y ahora, *sahib, mensahib*, ahora que la habéis escuchado... ¿No me daréis algo a cambio?

Oscuro.

FIN.